

lucionarios españoles. ⁽¹⁾ Si bien es verdad que no poseía más que cualidades ordinarias, y que era inferior bajo todos los aspectos á su adversario, el rebelde Gonzalo Pizarro, también es verdad que, sin otras armas que su breviario, su amor incomparable á la justicia y los ardores de su gran corazón de cristiano y de sacerdote, sólo tuvo necesidad de pocos meses para devolver: á su emperador la parte del mundo que había perdido; á los indios pisoteados, el derecho y la libertad, y á sus indisciplinados compatriotas, la justicia que había desaparecido de entre ellos. Pocas recompensas terrestres recibió él por los méritos inmensos que se conquistó en esta obra. Apenas si la posteridad ha juzgado digno de inscribir en los anales de la historia el nombre del humilde sacerdote, del sabio sin apariencia exterior. Pero llegará un día en que todo el mundo reconocerá que fué uno de los hombres más ilustres, un verdadero bienhechor de su raza, y esto precisamente porque algo de invisible, y, no obstante, innegable, lo elevó por encima de las debilidades de la naturaleza, de las que tampoco estuvo él exento.

6. Al cristiano pertenece ante todo la apropiación de lo sobrenatural.—¿Y cuál es ese algo que ha colocado á esos héroes de la inteligencia y de la acción, no obstante su fragilidad, no obstante los defectos que también ellos tenían que deplorar, muy por encima de aquellos que, con todos sus dones naturales, parecían ser muy superiores á ellos? Es ese mismo algo que debe fortificar á todos, aun al cristiano ordinario, en toda empresa, en toda situación y en todo tiempo, si quiere elevarse por encima de su naturaleza; es esa única cosa que, frente á los defectos humanos, mantiene en nosotros la esperanza de que, en definitiva, podamos siempre convertirnos en hombres completos, y aun en algo más.

También los paganos buscaron ese algo, único que pue-

(1) Prescott, *History of the Conquest of Peru*, b. 5. Ch. 1-4, Paris, 1847, II, 199 y sig. 205 y sig. 276 y sig. *Allgemeine Historie der Reisen zu Wasser und zu Land* (Leipzig, 1757, 3, XV, 195-252).

de elevar y perfeccionar al hombre; pero lo buscaron en la filosofía, en la sabiduría. El hombre sabio era su ideal. ⁽¹⁾ Sin duda que también nosotros los cristianos podríamos suscribir á esto. ¡Si siquiera hubiesen añadido nuestra manera de ver á semejante expresión! ⁽²⁾ Pero ellos sólo comprendieron por ella al sabio, al filósofo. Según sus concepciones, éste es la cima más elevada á que puede elevar á un hombre la civilización. ⁽³⁾ Según ellos, el que no llega á esta sabiduría, ha vivido inútilmente. ⁽⁴⁾ El que no llega á ser sabio, es considerado por ellos digno apenas de ser contado entre los hombres; sólo se le considera como un insensato. ⁽⁵⁾ Difícil sería imaginarse algo de más aplastante que semejante doctrina. Porque si, según estos filósofos, sólo un corto número de hombres se elevan ⁽⁶⁾ á esta exigencia, única digna del hombre; si la sabiduría es algo de lo cual muy rara vez se hace uno dueño, síguese de aquí que únicamente un pequeño número posee la perspectiva y la posibilidad de llegar á ser hombre. Y en este caso, ¿para qué viven la gran mayoría de los humanos? Sí, si hay algo que hace grande al pequeño y fuerte al débil; si hay algo que puede elevar al hombre miserable por encima de las cosas de este mundo, ese algo no puede consistir ni en la sabiduría ni en las obras humanas. Si, pues, el cristiano debe elevarse por encima de la debilidad humana, ó, por mejor decir, si el cristiano debe superar al hombre,—y consigue esto, si es lo que debe ser—sólo puede lograrlo por efecto de lo sobrenatural. Por lo sobrenatural ha vencido el Cristianismo á un mundo incomparablemente fuerte en civilización y en poder. Por lo sobrenatural triunfa el cristiano de la debilidad de la naturaleza, y adquiere una fuerza más grande que la dada por las disposiciones naturales más relevantes. Lo sobrenatu-

(1) Cicero, *Tuscul.*, 4, 17.

(2) Cf. más arriba, XXI, 2.

(3) Plutarch., *Educat. puer.*, 10.

(4) Cf. Plutarch., *Adv. Colot.*, 1, 1.

(5) Cicero, *Parad. 4. Tuscul.*, 3, 5. *Academ.*, 2, 44.

(6) Así los estoicos, según Clemente Alejandrino, *Strom.*, 2, 4, 19.

ral, alma del Cristianismo, fuerza vital del cristiano, tiene un poder completamente diferente del de la filosofía. Si, pues, alguien quiere mostrar lo que el hombre es capaz de hacer, preciso es que se eleve por encima de los puntos de vista y de los motivos puramente humanos; preciso es que se adhiera á la gracia; preciso es que se apropie lo sobrenatural en espíritu y corazón.

7. Pero al cristiano pertenece también el cumplimiento completo de todas las obligaciones humanas.—

Pero, con esto, no debe el cristiano renunciar á todo lo que se puede exigir equitativamente de parte del hombre natural. Ya lo hemos dicho repetidas veces, pero nunca se repetirá suficientemente: cuando uno no esté exento de censura como hombre, tampoco se le podrá dar el nombre de cristiano sin reproche. Dios, lo mismo que nuestra conciencia de cristiano, nos impone el deber de dar testimonio de nuestra fe en nuestro Dios con toda nuestra vida. Esta vez el mundo está de acuerdo con Dios. Con sostenida atención, vigila el mundo nuestra conducta, y toma inmediatamente la menor cosa como prueba en pro ó en contra de la fe á que pertenecemos, en pro ó en contra de la Iglesia de que formamos parte; por lo que, cuanto más caso haga de las cosas externas y naturales, más obligado está el cristiano á usar de circunspección para no indisponerse con él. No debe dejarse superar por nadie, ni en sentimientos de honor, ni en fidelidad á su vocación, ni en su manera de ver. Triste sería, si, en semejante materia, el motivo que nos hace obrar á los cristianos, el amor de Dios, no nos diese tanto tacto y delicadeza de conciencia como dan á los hombres del mundo la ambición ó el respeto humano ó el amor á las conveniencias. Justamente á causa de su fe, debe ser el cristiano el obrero laborioso que ningún trabajo encuentra demasiado pesado; debe ser el hombre circunspecto, con el cual pueda contarse en todas circunstancias; debe ser el hombre discreto, á quien se puedan confiar todos los secretos.

Y lo será en realidad, si es un cristiano completo. Allí

donde todos los servidores huyen, allí sabe su señor, que, por lo menos, tiene en él un amigo fiel que no le abandona en la necesidad. Aunque el engaño se convirtiese en ley del mundo, no impediría esto que los patronos y los compradores estuviesen convencidos de que sólo en el verdadero cristiano se encuentra la buena mercancía, el trabajo conveniente y el justo precio.

¡Incomprensible contradicción del mundo! Laméntase sin cesar de que las personas piadosas no sirvan para nada; pero, después de probar á todas las demás, muéstrase contento si puede tomarlas á su servicio. Si, en un asunto de confianza, tiene necesidad de una persona segura, la escoge siempre de entre las piadosas. Se burla constantemente de la joven que cada mañana ve salir de la Iglesia, y, sin embargo, á nadie se le ocurre cerrar con llave su cajón delante de ella. Todos saben en la casa que, mientras la pobre joven frecuente los Sacramentos, estarán tan seguras las alhajas en la cómoda abierta como si estuviesen cerradas con triple puerta de hierro.

Es este también un testimonio en favor de nuestra religión, y ciertamente no el menor de todos. Ya por esta razón, nadie podrá excusarse en el día del juicio final, pretendiendo que jamás tuvo ocasión de comprobar dónde se encontraban la verdad, la vida y el camino que á ella conduce. De aquí que á todos, aun al cristiano más sencillo, al que ha sido negado el don de la palabra, se les ofrece diariamente la ocasión de mostrar al mundo lo que hay en su fe y cuál es el valor de ésta para formar al hombre.

8. La misión del cristiano consiste en la unión de lo natural y lo sobrenatural.—¿Es que en el cristiano viven dos naturalezas, piensan dos espíritus y quieren dos voluntades? En la tierra, debe practicar el sacrificio, desplegar una actividad llena de caridad, y, con todo esto, decirse continuamente: «No tenemos aquí una morada permanente.» ⁽¹⁾ Sus esfuerzos todos deben encaminarse á no omitir ninguna de sus obligaciones terrenales. Pero

(1) Hebr., XIII, 14.

también se ha dicho: «Buscad las cosas de lo alto, donde Cristo está sentado á la derecha del Padre; aficionaos á las cosas de lo alto, y no á las de la tierra.»⁽¹⁾

Ahora bien, ¿quién puede conciliar todo esto? ¿Cómo uno puede reconocerse en estas contradicciones? ¿Hay desgraciadamente tantos, cuya vida ofrece en realidad materia suficiente para considerar como inconciliables estas exigencias! Hay en la Iglesia, entre los cristianos y personas piadosas, hombres completamente diferentes de lo que son en una sociedad puramente profana. Hablan dos lenguas y tienen dos conductas, en armonía con lo que les rodea. Aquí es la Providencia divina, y allá un curioso azar el que ha organizado las cosas así. Unas veces, esperan en el Dios viviente y en la gracia de Dios; otras, esperan únicamente del cielo, ó de un destino bienhechor, que mejoren los acontecimientos y tomen otra marcha.

El Cristianismo no ha elegido todavía domicilio en semejantes gentes, ni mucho menos; le han dado una vuelta, como á un vestido, á través del cual se distingue en todas partes el hombre antiguo.

Lo natural y lo sobrenatural deben, pues, crecer y engrandecerse juntos, como la rama ingertada y el antiguo tronco salvaje. Una sola vida, una sola actividad, un solo pensamiento; he aquí lo único que hace al verdadero cristiano. No hay dos medidas diferentes para la verdad. El cumplimiento de las obligaciones naturales, el amor terrenal, la administración de los asuntos profanos, no reconocen en el verdadero cristiano otra regla que los mandamientos de Dios, y no persiguen otro fin, sino el de buscar á Dios y servirle. Jamás llamará utilidad, arte, instrucción ó progreso, á lo que es condenable á los ojos de Dios y de la conciencia. Si la luz de la fe le ha mostrado algo como erróneo, lo considera también como falso á la luz de su razón. Todo lo que no conduce á Dios, todo lo que aleja de Él á los espíritus, ha perdido por adelantado á sus ojos el derecho de ser considerado como medio de fa-

(1) Col., III, 1, 2.

vorecer á la humanidad y mejorar la situación del mundo. En todo lo que ama y en todo lo que evita, ya ore, ya se ocupe en la ciencia, en trabajos manuales ó en filosofía, sólo tiene ante la vista una regla de conducta, la ley, y un solo fin, el honor y el amor á Dios. De este modo, favorece, con cada una de sus acciones, la naturaleza, á cuya debilidad ayuda por medio de la gracia, cuyas lagunas llena con la infinidad de lo sobrenatural, cuyos desórdenes previene con la luz de la verdad celeste. Cada uno de sus actos le recuerda al mismo tiempo su único fin sobrenatural; y así es como se forma, para llegar á ser un verdadero cristiano, y así es como se convierte cada vez más en un hombre completo, en la medida en que se perfecciona como cristiano.

9. Simplicidad de esta misión.—Esta unión de lo natural y de lo sobrenatural es la empresa propiamente dicha del cristiano, y aun su única empresa. Cuanto más unidos estén el hombre y el cristiano por modo perfecto y natural, tanto mejor cumple éste con su deber. Así, pues, la vocación del cristiano es, en el fondo, una cosa sumamente sencilla. No exige de él hechos extraordinarios é inauditos, sino únicamente una vida completa, homogénea. Si se exigiesen milagros de él, si se le pidiese que se cerniese en los aires y que estuviese todo el día en oración y en éxtasis, sin duda que habría derecho á decir que son estas cosas extravagantes; pero todo lo que se le pide consiste en que lleve una vida humana y cristiana á la vez, ó que aspire con seriedad y constancia á este fin. ¿Quién puede decir que es incapaz de hacer esto?

Cuando los estoicos decían: «Preciso es que seas un sabio», la naturaleza tenía el derecho de revelarse y replicar: «Vuestro sabio no es hombre, ni se le puede contar entre los hombres.»

El Cristianismo tiene exigencias más humanas. «No pido nada imposible;—dice—no tengo la pretensión de exigir de ti que hoy ó mañana vivas como un ser sobrenatural, sin defectos ni debilidades. Que los poetas de este

mundo presenten á tu imitación seres, cuya excelencia te espante antes que te aliente; por mi parte, no he dado ninguna orden para esto á mis Apóstoles. Te acepto con tus defectos, como eres; sólo que no debes amar, ni defender, ni ocultar, ni conservar tus defectos. En tus caídas y en tus levantamientos, en tus luchas y en tu purificación continua, debes trabajar constantemente para conseguir tu único destino, soportando pacientemente tus debilidades, ⁽¹⁾ suspirando por tu transfiguración, y esperando confiadamente el auxilio de Dios. Tal es la empresa de tu vida; por esto te la impongo como la empresa de toda tu vida. No pido todo á todos. No quiero hacer entrar á todo el mundo en el mismo molde. Que cada cual escoja su vocación y sus prácticas, según su inclinación y sus particulares inclinaciones. Impondré á cada uno únicamente aquellos de mis mandamientos que convengan á su situación y á sus fuerzas. En una palabra; no exijo nada extraordinario, pero lo que cada cual debe ser, debe serlo por completo, lo mismo como hombre que como cristiano. Que uno tome de ello más ó menos, asunto particular suyo es; pero lo que haga, debe hacerlo bien, no en apariéncia y superficialmente, sino con solidez, para afirmar esta vida y ganar la eternidad.»

Esto es todo lo que el Cristianismo exige. Y ahora, que se nos presente un hombre que pueda decir que esto no es verdaderamente digno de un hombre, que es imposible de cumplir.

10. Dificultad de esta misión.—Así, pues, no se exigen del cristiano milagros y cosas extraordinarias. La dificultad de su empresa se encuentra precisamente en su sencillez. La cosa más sencilla es con frecuencia la más difícil para el hombre. En la vida ordinaria, encontramos suficientes ejemplos en apoyo de esta afirmación. Los más grandes poetas; los artistas más inimitables, son siempre aquellos que saben presentar las cosas tan sencillamente, que todos creen poder hacer lo mismo. Pero que uno intente únicamente imitarlos, y verá si es tan fácil como

(1) Luc, XXI, 19.

lo cree. Para que uno pueda hablar sencillamente, ser sencillo en sus maneras y en toda su persona, preciso es que esté completamente seguro de sí y de su asunto.

Esto se aplica todavía más á la vida moral y religiosa. Una piedad afectada, que uno despliegue con complacencia; el convencionalismo y el énfasis en el servicio de Dios, esas moscas muertas en el bálsamo precioso de la oración; ⁽¹⁾ en una palabra, toda afectación ante Dios, es prueba cierta de que uno no está todavía de acuerdo consigo mismo.

La sencillez maravillosa, el natural sencillo, recto, en Jesucristo y en sus santos, son testimonios evidentes de que el espíritu de Dios obra en ellos. La sencillez es la perfección, no la sencillez de lo vacío, sino la sencillez en la abundancia. Dios es la mayor sencillez, Dios resume en sí todo lo que es verdadero, bueno y hermoso. Las perfecciones y las cualidades de todas las cosas están reunidas en Dios en la unidad más alta y más indivisible. ⁽²⁾ Es evidente que la sencillez cuesta trabajo al hombre, exactamente tanto trabajo como deseo de querer asemejarse á Dios. La mayor sencillez es la mayor semejanza con Dios.

Síguese de aquí que la unión de lo natural y de lo sobrenatural, por consiguiente, la empresa del cristiano, únicamente puede realizarse adhiriéndonos á Dios, y penetrándonos de Él; esto es, por una vida interna.

Que nadie se lisonjee de poder hacerse digno de su nombre de cristiano por algunos artificios externos; pero que nadie crea tampoco que puede juzgar al Cristianismo, si considera únicamente su aspecto externo. De aquí que los servidores de Dios sean tan mal comprendidos del mundo. Éste no comprende lo que es el espíritu de Dios. ⁽³⁾ Pero precisamente este espíritu es el que anima á los hijos de Dios. ⁽⁴⁾ El que no vive en su interior; el que ignora la plenitud, la fuerza, el fuego con que el Espíritu San-

(1) Eccl., X, 1.—(2) Thomas, I, q. 3, a. 7; q. 4, a. 2.

(3) I Cor., II, 14.

(4) Rom., VIII, 14.

to penetra los corazones de los suyos, ése ve únicamente su aspecto externo, aquello precisamente que en ellos ofrece menos apariencia.

Díjose de Elías que era un hombre que llevaba un vestido de pelo de camello y un cinturón de cuero. Los cortesanos se burlaron, como insensatos, de la verdad eterna que hablaba por su boca. Aquellos hombres afeminados, que temían al trabajo de reflexionar, no tenían la menor idea de que, bajo aquella sencilla y humilde envoltura, pudiese haber un espíritu más elevado, una vida más profunda y algo de extraordinario depositado en ella por la mano de Dios.

Así es como, en el mundo, se afecta ignorar á los santos y á los discípulos de Jesucristo,—porque el discípulo no está por encima del Maestro ⁽¹⁾—y no se tiene una idea de la misteriosa interioridad que existe en ellos, no obstante manifestarse en centenares de cosas. El espíritu que sostiene al cristiano, cuando el mundo le rechaza, cuando el mismo Dios se oculta á sus miradas; el espíritu que le enseña á amar, por amor de Dios, la vergüenza y los sufrimientos, nada tiene de extraordinario á los ojos del que jamás ha ensayado esto; y, sin embargo, es algo de sobrenatural, que únicamente la gracia de Dios y la cooperación del cristiano, obtenida al precio de grandes sacrificios, pueden hacer madurar. Ese corazón fuerte, que hace al cristiano capaz de vencer una repulsión natural, capaz de amar á un hermano y á una hermana de espíritu poco amable y tacaño, capaz de respetar en el mendigo, falto de todo socorro, la imagen de Dios, capaz de, no sólo soportar un golpe poco agradable, sino aun de reparar una ruptura violenta; todo esto supone una fuerza que, sin duda, no se despliega en sorprendentes hazañas, sino que, por lo contrario, aparece grande y sobrehumana en acciones que no se facilitan con el aplauso humano.

Precisamente cosas semejantes, las más pequeñas y las más despreciadas, y, por esta razón, las más difíciles, son

(1) Matth., X, 24. Luc, VI, 40. Joan., XIII, 16.

las que forman al cristiano. No hace milagros, y, no obstante, es maravilloso. Produce cosas verdaderamente humanas, y es sobrehumano en sus acciones y en su naturaleza. El mundo, cuya curiosidad no se satisface sino con extravagancias, apenas se fija en él. La indiferencia saducea, que no quiere mover el dedo meñique para llegar á la perfección, se burla de sus inquietudes en las cosas referentes á la conciencia. La justicia personal farisaica le desprecia, á causa de sus luchas y de los triunfos que obtiene sobre sus defectos, y duda de sus victorias. Sólo el que seriamente ha intentado, á pesar de todas las dificultades, llegar á este fin, reconoce y aprecia este espíritu misterioso, pero potente, que es el verdadero contenido del cristiano; y muy pronto se apercibe de que, sin él, aun las cosas ordinarias, rara vez están exentas de censura, en tanto que, con él, el más pequeño cumplimiento del deber se convierte en una verdadera virtud sobrenatural, y el sacrificio más penoso nada cuesta, siquiera no se le hayan ahorrado amarguras de toda especie.

11. Cristo y el cristiano; la imitación de Cristo y sus grados.—Miles de disertaciones han sido escritas, y predicados innumerables sermones, para saber qué medios debe uno emplear, qué camino seguir, y cómo debe practicar la virtud, para aproximarse á este fin de la perfección cristiana. Estas disertaciones y estos discursos, son, sin duda, buenos casi siempre, y útiles, cuando de ellos se hace excelente uso; sólo que nadie cree que este simple estudio haga ya de él un verdadero cristiano. Á veces, se desliza entre los cristianos el error de que se puede aprender el arte de vivir en libros y reglas. Los hombres que encuentran siempre la mayor dificultad en abarcar grandes pensamientos generales, y en disponer, según ellos, la vida en un caso aislado, tienen particular preferencia por esta inclinación femenina, que consiste en inventar un precepto para cada caso particular. Cuanto más desprovistos se creen de vastos puntos de vista y del don de aplicar éstos á las necesidades reales, tanto más procuran encon-